

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXVII



MADRID
TOMO CCXVII
ENERO-DICIEMBRE 2020

TRÍPTICO DE HUMANISTAS ESPAÑOLES SALDANDO UNA DEUDA DE AUTOR

He pensado que unas cuantas líneas introductorias a las páginas que siguen ayudarán al lector de este tríptico a conocer la génesis de las tres semblanzas que lo constituyen.

En menos de un año hará un cuarto de siglo que falleció Julio Caro Baroja. Debido al hecho de mi trato, más que ocasional, con don Julio, me he visto impulsado a componer una semblanza de su personalidad intelectual —tan sugestiva como heteróclita—. En mis comienzos de historiador volcado sobre el pulso histórico franco-hispano-magrebí¹, Caro Baroja quiso distinguirme con un prólogo, que refleja, en mi recuerdo, la fluidez de nuestra relación personal norte-africanista, aunque sus puntualizaciones no se redujeran estrictamente a esto. En puridad, no he podido hacer menos que iniciar estas semblanzas con la que aquí se le adjudica al admirado polígrafo barojiano.

Cuando hube cerrado las páginas que aquí se consagran a don Julio, el pensamiento “voló”, casi automáticamente, hacia la figura de don Alfonso de la Serna, con quien mantuve un trato fecundo. Según me decía, a veces, el embajador De la Serna esa fecundidad era recíproca entre ambos, modo y manera de desplegar por su parte su fina cortesía. También Alfonso de la Serna puso un prólogo —evocador donde lo haya— a una de mis primicias norte-africanistas. Capítulo aparte es su introducción a *Diálogos ribereños II. Conversaciones con miembros de la élite tunecina*², obra que impulsamos un puñado de historiadores y magrebólogos en la que logré aglutinar, con el apoyo de todos ellos, mis experiencias norte-africanistas a través de más de veinte años de docencia e investigación en la UNED. Y como reza y advierte el proverbio (*no hay dos sin tres*), el proverbio vino a cumplirse cuando opté por una tercera semblanza para este tríptico. Esta estuvo inspirada por mi trato —en rigor, escaso y esporádico— con una cumbre del arabismo español del siglo XX: don Emilio García Gómez. Ahora bien, García

1 Cfr. V. MORALES LEZCANO. *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid: ed. Siglo XXI. 1976 (2ª ed., Universidad de Granada; Diputación de Granada; Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet. 2002; 3ª ed., Universidad de Granada. 2015). El mencionado prólogo de Julio Caro Baroja corresponde a la obra *España y el norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-56)*. 2ª ed., Madrid: UNED. 1986.

2 V. MORALES LEZCANO (coord.; autor). *Diálogos ribereños II. Conversaciones con miembros de la élite tunecina*. Madrid: UNED. 2005.

Gómez fue para el autor de estas cuartillas menos extranjero en su dimensión diplomática en la República de Turquía durante los años 60 del siglo pasado, episodio al que consagré algún que otro artículo detallado³.

El buen saber de Emilio García Gómez en ámbitos culturales para mí un tanto alejados⁴, la trayectoria diplomática y memorialista de Alfonso de la Serna tanto en Túnez como en Marruecos, y la proverbial versatilidad intelectual de Julio Caro Baroja me incitaron a componer un tríptico no solo consagrado a coleccionar recuerdos fugaces, sino, en concreto, a saldar una deuda personal hacia tres humanistas descollantes de la España del siglo XX; descollantes, sí, aunque, en mi opinión, hoy un tanto desvanecidos para las generaciones de jóvenes universitarios e intelectuales, que se encuentran probablemente en una etapa de la vida definible como vía de paso de la primera juventud a la presunta madurez.

Estas pinceladas introductorias solo aspiran a evocar, pues, a los tres *ilustres* amigos que tuve el privilegio de tratar y con los que, ahora, más allá *nell mezzo del cammin de la vita* he venido a sentirme en franca deuda. Deuda difícilmente saldable, lo reconozco. El hecho constatable, sin embargo, es que el autor de este tríptico no haya desistido, a pesar del tórrido verano madrileño de 2019, de la gozosa tarea, no exenta de cierto grado de melancolía, consistente en aproximar a las candilejas de la publicística actual a tres figuras insignes de la cátedra, la diplomacia y el humanismo crítico, como fueron E. García Gómez, Alfonso de la Serna y J. Caro Baroja.

Se trata de tres intelectuales, cuyos destinos públicos convergieron en ocasiones. Así, García Gómez y Caro Baroja fueron electos miembros numerarios de la Real Academia de la Historia, y Alfonso de la Serna y García Gómez coincidieron en calidad de miembros de la Académie du Royaume du Maroc. El insigne arabista fue nombrado *honoris causa* por la Universidad de su querida Granada, mientras que don Julio Caro fue frecuentemente traducido al inglés, caso de *The world of the witches* (London, 1964) y respetado en los medios antropológicos de la Universidad de Oxford. Alfonso de la Serna y García Gómez convergieron en la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, en una hora de intento aperturista de España hacia el horizonte árabe y turco dentro de su proyección internacional durante el mandato de Fernando M^a Castiella (1957-1969).

3 Cfr., por ejemplo, "Emilio García Gómez, testigo excepcional de los avatares de la república turca (1962-1969)". Actas. *España y la cultura hispánica en el sureste europeo*, Atenas. 2000, pp. 157-166; "Don Emilio García Gómez. De arabista a embajador", *Fundamentos de Antropología*, n.º 10-11, (2001), pp. 299-304. El precedente de estos textos se publicó en el Boletín de la Real Academia de la Historia, como se detalla más adelante.

4 Me refiero al arabismo, que García Gómez definió como campo de estudio "poblado por un gremio escaso y apartadizo".

Por último, y no por ello de menor importancia, al embajador De la Serna se le concedió la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio en 1977, mientras que a Julio Caro Baroja se le otorgó el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1983. Por su parte, el profesor García Gómez fue nombrado primer conde de los Alixares en 1994.

Queda dicho lo anterior en la inteligencia de que, para ciertos lectores de este tríptico, sus páginas no solo recogen pinceladas más o menos adventicias, sino que, en alguna medida, forman parte de la historia de la España del siglo XX, de la que, día tras día, empieza a alejarnos la trayectoria del nuevo milenio en el que estamos sumergidos.

EVOCANDO A JULIO CARO BAROJA

I

Ha llegado a mis manos ejemplar de un primoroso libro, titulado *Más al espíritu que a la letra*. Su contenido trata de algunos textos de, o que giran en torno a, Julio Caro Baroja (1914-1995) y al interés que despertó su amistad con el cherif Abderrahman Jah (y viceversa) durante los años que ambos compartieron en el seno de la Fundación de Cultura Islámica (FUNCI)⁵.

Debo advertir, sin embargo, que *Más al espíritu que a la letra* acaba de despertar en mi recuerdo algunas vivencias personales compartidas con don Julio en un período de tiempo que se inició cuando yo profesaba en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid, allá por los años setenta y tantos; vivencias que se prolongaron, de hecho, hasta el verano de 1995, cuando murió don Julio en la casa patrimonial de los Baroja en Vera de Bidasoa (Navarra).

No pretendo aquí y ahora hacer un recorrido de la vida, obra y del legado intelectual de don Julio. Sería pretencioso y probablemente extemporáneo: primero, y principalmente, porque creo que el autor de estas cuartillas no encaja en el casillero del *laudator temporis acti* y menos, si cabe, en el de los rutinarios hagiógrafos de todos los tiempos. Además, en segundo lugar, porque tanto en *Los Baroja*⁶, como en otra serie de apuntes personales de don Julio, inspirados en períodos de la España vivida, que emergen a la superficie de no pocas de sus obras, hay suficientes pinceladas sobre el entorno familiar; ya fuesen obras de envergadura como *Formas complejas de la vida religiosa en España*⁷, o

5 Debo a la FUNCI el generoso y oportuno envío del libro de Caro Baroja que me ha espoleado a redactar las cuartillas que siguen.

6 J. CARO BAROJA. *Los Baroja*. Madrid: Taurus. 1972.

7 J. CARO BAROJA. *Formas complejas de la vida religiosa en España*. Madrid: ed. Akal.

se tratara de otras menos eruditas, aunque tampoco estas tuvieran desperdicio alguno, como es el caso de las siguientes: *De la superstición al ateísmo*⁸ o *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*⁹. *El mito del carácter nacional* es una obra que el autor de estas cuartillas recomienda para ver con claridad los antojos ideológicos que se han ido prodigando sobre las categorías de nación, nacionalidades y nacionalismo durante la segunda mitad de los siglos pasado y actual. Finalmente, si no voy a recorrer en modo alguno la vida y el legado intelectual de don Julio en tan pocas líneas, es por la sencilla razón de que el público históricamente formado puede captar por sí mismo la capacidad de Caro Baroja para adentrarse, por ejemplo, en los entresijos religiosos y sociales de España en los siglos XVI y XVII. Hay que incitar al lector a emprender en solitario esa misión, como hizo el mismo Caro Baroja durante su vida¹⁰.

Tampoco mueve al autor de estas cuartillas ningún absceso de nostalgia, aunque subyazca oculto un tanto de ese sentimiento, dado que la desaparición de don Julio dejó algo “huérfanos” a los que admirábamos tanto su capacidad de estudio concienzudo como la de interrelacionar bagajes culturales diversos (etnográficos, antropológicos, históricos...). Pero, por si no bastara lo anterior, también lo admirábamos por su destreza en defensa del juicio crítico; no exento de lo que él mismo llamaba su cierta propensión al escepticismo, nunca desprovisto este de dosificada acrimonia.

No en vano, Pedro Laín Entralgo, en su colaboración al homenaje¹¹ que se le rindió a Caro Baroja en 1978, escribió una dedicatoria cabal. Decía así: *Para Julio Caro Baroja, que con tanta inteligencia y tanto humor sabe defenderse del cansancio de la vida*. Alusión, quizá, al carácter retraído de un solitario permanentemente observador.

Traté con cierta frecuencia a don Julio en la casa madrileña de los Baroja, en la calle Alfonso XII, justo frente al parque de El Retiro. De aquellas conversaciones que mantuvimos, inolvidables para mí, conservo un vivo recuerdo. Y también de sus intervenciones en mis primeros seminarios sobre Marruecos y España, el mundo sahariano, el africanismo y orientalismo español y francés de ayer y hoy, así como de algunos otros temas conexos con el Mediterráneo. Por todo ello,

1978.

8 J. CARO BAROJA. *De la superstición al ateísmo: meditaciones antropológicas*. Madrid: Taurus. 1974.

9 J. CARO BAROJA. *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid, Seminarios y Ediciones. 1970.

10 Remitimos al artículo, enjundioso, de A. CARREIRA. “Los mundos de Julio Caro Baroja”, *Dendra Med Rev Humanid.* 14 (1), (2015), pp. 20-29.

11 En el que no faltaron las firmas de José María Maravall, Francisco R. Adrados, Xavier Zubiri, Emilio García Gómez, Diego Catalán y Menéndez Pidal, Juan Pablo Fusi Azpurúa y una extensa relación de la inteligencia española de la época. Véase A. CARREIRA, J. A. CID, M. GUTIÉRREZ ESTEVE y R. RUBIO (coords.). *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid: Ed. Centro de Investigaciones Sociológicas. 1978.

me he lanzado a desempolvar ciertos recortes de prensa y artículos varios de mi hemeroteca, ya amarillentos, para insuflarme un poco de aliento y poder esbozar, siquiera, esta introducción que me temo que resulte asaz memorialista. Otras pocas cuartillas más cerrarán este soplo de recuerdos despertados por el ejemplar recientemente publicado que me ha enviado la FUNCI. El homenaje de 1978 antes citado y el número monográfico que consagró a Caro Baroja la *Revista de Occidente*¹² constituyen sendos epítomes del reconocimiento que Caro Baroja logró ganarse en vida.

II

Muchos serían los aspectos recuperables¹³ de la *opera omnia* que nos legó Julio Caro Baroja, “cocinada” y luego moldeada, durante varios decenios, particularmente desde los años 40 hasta los 80 del siglo pasado. Recordemos que la bibliografía, casi exhaustiva, recopilada por Antonio Carreira en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*¹⁴ nos permite navegar por mares y vías fluviales que Caro Baroja cruzó indagatoria, errática, pero muy fructíferamente. Como saben bien los lectores de su obra, y admiradores de su erudita sabiduría, el tema de España en su decurso histórico estuvo siempre incrustado en el núcleo intelectual de don Julio. Consúltese *Los judíos en la España moderna y contemporánea*¹⁵, o *Los moriscos del reino de Granada*¹⁶, cuando no *Los pueblos de España. Ensayo de etnología*¹⁷ y, sin ir más lejos, *Vidas mágicas e Inquisición*¹⁸, corolarios, todas estas obras, de la aplicación barojiana a reflexionar desde ángulos diversos sobre España; ya fuesen fruto del historiador, del antropólogo o del etnógrafo de corte azoriniano, que asomó siempre en decenas de artículos y en misceláneas dispares de su puño y letra; ilustradas, eso sí, con apreciaciones descriptivas abundantes en croquis, bocetos y grabados de su propia mano.

Mi modesto testimonio personal de hoy apunta, en cambio, a las jugosas y aguijadoras (Juan Goytisolo *dixit*) reflexiones en voz alta de don Julio sobre España, cuando me recibía en el salón de la casa familiar de los Baroja en Madrid.

12 *Revista de Occidente* (núm. monograf.) 184. (septiembre de 1996).

13 Cfr. Un boceto de la personalidad de Julio Caro Baroja, y entrevista consiguiente, en V. MORALES LEZCANO. *Recordando a Salvador de Madariaga y Julio Caro Baroja*. Las Palmas de Gran Canaria: Anroart Ediciones. 2006, pp. 19-63.

14 A. CARREIRA. “Bibliografía de Julio Caro Baroja”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. XXXI. (1986).

15 J. CARO BAROJA. *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. Madrid. Ediciones Arión. 1961, 3 vols.

16 J. CARO BAROJA. *Los moriscos del reino de Granada*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos. 1957.

17 J. CARO BAROJA. *Los pueblos de España. Ensayo de etnología*. Barcelona: Edit. Barna. 1946.

18 J. CARO BAROJA. *Vidas mágicas e Inquisición*. Madrid: Taurus. 1967.

Itxea, en Vera de Bidasoa, era *otro* referente, otro punto de reflexión muy ligado a sus tíos Carmen, Ricardo y Pío Baroja Nessi. Y si mi memoria no comete una de sus alevosas “trastadas”, había un leitmotiv que cruzaba siempre aquellas conversaciones con don Julio. Ese motivo era la expresión del sentimiento y del análisis aguijador sobre las micro-iberias “cantonalistas” de la España de siempre. O sea, la *vocación centrífuga* de las gentes, pueblos y habitantes de la península, como, en su momento, había puesto de relieve Unamuno en los ensayos publicados en la revista madrileña *La España Moderna* (febrero-junio 1895), y recopilados por su propio autor bajo el título de *En torno al casticismo*¹⁹.

Si el autor de estas cuartillas pone aquí algún énfasis en la dimensión que conservan las opiniones vertidas por Julio Caro Baroja sobre lo que hoy se llama la España del mundo actual, es debido a que en la historia de las mentalidades es observable una pervivencia de las creencias en las que cada uno está instalado. Me estoy refiriendo, claro está, a consideraciones de don Julio relativas al período de la dictadura del general Franco, a la transición a la democracia y a su serie de ramificaciones entre 1978 y 1995, fecha en la que Caro Baroja pasó a habitar el recinto insondable del *más allá*. Hablo, pues, de las reflexiones críticas, incluso desmitificadoras, de don Julio sobre el paso de un régimen político a otro que experimentó España entonces; y hablo también del creciente eco público, no ya de su sabiduría, sino de su capacidad radioscópica de observador para anticiparse a ver lo que se oculta detrás de las palabras. O sea, de la letra impresa —y discutible— de no pocos medios de comunicación. Recorramos, en suma, un poco más el camino del recuerdo.

Párese mientes, por ejemplo, en los ecos periodísticos o aparecidos en publicaciones muy leídas a partir de los años 70 del siglo XX, como fue el caso de *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Historia 16*, o del diario *El País*, entre otros, y saltará en cualquiera de sus páginas una columna, una entrevista, una digresión de actualidad o una de aquellas opiniones a contrapelo, ¡cómo no!, firmadas por Caro Baroja. En diversos momentos de entonces, don Julio expresaba, *motu proprio*, su reflexión en torno al regreso de la Monarquía y la Constitución, al establecimiento de un sistema político de partidos y a la sempiterna España: fecunda partera de tantas micro-iberias, de tanto localismo empedernido. Ha sido, pues, buceando, en mi hemeroteca donde he venido a encontrar textos declarativos de Caro Baroja, a título de deliberaciones personales, “provocadas” por no pocos entrevistadores, conscientes de la agudeza contrafáctica y anticonvencional de don Julio. Veamos algunos de estos textos, acotados, sobre todo, entre los años de 1975 a 1993²⁰.

19 M. de UNAMUNO. *En torno al casticismo*. Madrid. Fernando Fé. 1902.

20 Para mayor vislumbre de estas opiniones de Julio Caro Baroja, se anota a pie de página una cita muy oportuna de Julián Marías: “La mayor amenaza para el porvenir próximo ha sido una dosis de politización, superpuesta artificialmente a un pueblo que no está politizado, que

III

En entrevista a Justino Sinova, Caro Baroja comentaba²¹: “La sociedad española está ahora muy sometida al culto del bienestar físico, al nivel de vida, al poder adquisitivo, a esos términos económicos que, más o menos, son un marxismo vuelto del revés”. A la última pregunta de Sinova en aquella entrevista don Julio puntualizaba por enésima vez: “En esto de las autonomías, los partidos están exagerando notas y caracteres para sacar votos... Todo el mundo está hablando ahora de su identidad”. Y terminaba don Julio certeramente así: “La identidad cada vez se ve menos, pero es una especie de señuelo para la maniobra política”.

Veamos, a continuación, las puntualizaciones que hacía Julio Caro Baroja²² sobre el pasado próximo y post-transicional en España: “Yo creo que el tránsito del régimen anterior al actual ha constituido un aumento de muchas ilusiones..., luego, ya en la realidad..., lo que podríamos llamar saldos son muy distintos y no muy positivos...”

“El afianzamiento del régimen a través de la Monarquía y de la Constitución se ha desarrollado satisfactoriamente” —apuntaba JBC—, “pero, cuando ya se trata del análisis del funcionamiento de los partidos políticos, ahí vemos que el cambio no ha sido tan positivo como se creía”.

Last but not the least, y a propósito del famoso artículo de Ortega y Gasset titulado “Un aldabonazo”²³, puntualizó don Julio al *ABC* lo siguiente: “Si el problema de las autonomías se hubiera desarrollado a finales del siglo XIX, cuando aparecen el catalanismo, y el nacionalismo vasco en términos pacíficos, no sé qué resultado hubiera dado..., pero no cabe duda de que la respuesta —actual— al régimen anterior —franquista— ha traído también la exageración de un vicio frente a otro”.

Transparente quedó desde un principio que Caro Baroja sintió la necesidad de dar rienda suelta a su percepción crítica de algunos rasgos de la Transición que el paso del tiempo no ha venido sino a corroborar palmariamente, aunque cabría decir aquí y ahora que aquello no fue “ni tanto ni tan calvo”. Todas las opiniones de Caro Baroja eran hijas de su capacidad de observación; opiniones que don

ha llevado a una atenuación del sentido de España como tal, de su continuidad de proyecto histórico, de su fecundidad creadora, de su magnitud real. Desde los nacionalismos, dedicados a la historia-ficción, y desde una politización partidista empeñada en la descalificación de grandes porciones de la historia, sobre todo cercana, se ha puesto en cuestión la realidad española, y con ello se ha dificultado su posesión y su utilización. Por desprecio a la verdad, se ha renunciado por algunos a la inteligibilidad de la historia, lo que implica la obturación del porvenir...” [J. MARÍAS. *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*. Madrid: Ed. Espasa Calpe-Colección Austral. 1997, p. 137].

21 J. SINOVA [Entrevista a J. Caro Baroja]. *Diario 16*. 13 de noviembre de 1988

22 [Entrevista a J. Caro Baroja]. *El dominical de ABC*. 15 de febrero de 1987.

23 J. ORTEGA Y GASSET “Un aldabonazo” *Crisol*, año 1, núm. 100, 9 de septiembre de 1931, p. 1.

Julio me iba arrojando, por su parte, en el transcurso de nuestras conversaciones; estas, a veces, se prolongaban más de un par de horas, hasta que su hermano Pío, o sus sobrinos, nos daban un discreto toque de atención para que finiquitásemos la tertulia. Mejor dicho, y para ser cabal, el jugoso, al tiempo que reflexivo, repaso de las costumbres y la política de la España de siempre, como el propio Mariano José de Larra había dicho en su momento.

Estas pocas páginas solo aspiran a despertar el interés por la *opera omnia* de un humanista, heredero de sensibilidades generacionales anteriores tan descolantes como fueron las de 1898, 1914 y 1927. Espero que la intención del autor de estas páginas empiece a roturar desde ahora el terreno para que con motivo del 25 aniversario de la muerte de don Julio, se vuelva a sopesar la calidad de su contribución a las letras, a la antropología social y a la historiografía sobre las Españas de siempre.

De Caro Baroja comentó el notable historiador Ramón Carande en la recepción que se le hizo a don Julio en la Real Academia de la Historia²⁴:

“Le atraen poco las normas sistemáticas; su mundo reside en la información concreta, en noticias puntuales y directas recogidas de los textos, las cosas y los hechos que, a menudo, conmueven el artificioso andamiaje doctrinal. Apenas le detiene la cuestión del método; acredita los suyos con el desarrollo de la obra emprendida”.

He aquí un perfil cabal de aquel a quien van dedicadas a título póstumo unas cuantas líneas de autor.

TELÓN DE FONDO A LA FIGURA DE EMILIO GARCÍA GÓMEZ, EMBAJADOR DE ESPAÑA EN TURQUÍA

Creo recordar que en septiembre de 1986 hice mi primer viaje a Turquía para asistir a un congreso convocado por la Asociación Turca de Historiadores, o Türk Tarih Kurumu, en Ankara, capital de aquella República geográficamente euro-asiática. Algunas modestas perspectivas de colaboración universitaria hispano-turca se me abrieron paso, poco a poco, después de aquella convocatoria de

²⁴ J. CARO BAROJA. *La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia y contestación por don Ramón Carande*. Madrid: Maestre, 1963.

oficio. A partir de entonces, también, hubo tres personas que coadyuvaron con aprecio a que mi “primer viaje” a Turquía se convirtiera en la clave de lo que, después, se reconoció con el apelativo afectuoso de la “camarilla” universitaria hispano-turca, que sobrevivió hasta los años 90 del pasado siglo, si no me traiciona la memoria²⁵.

Desde un principio, el embajador Ramón Villanueva Echeverría (1984-1990; fallecido en 2017), hizo mucho para familiarizarme con el círculo hispanista de la Universidad de Hacettepe con el concurso, entonces, de Carmen Uriarte²⁶, lectora de español. Me faltarían palabras para expresar la deuda de gratitud contraída con Ramón Villanueva por haberme facilitado las ulteriores entrevistas y visitas que celebramos ambos en Ankara; y, además, por haberme allanado la interconexión entre Anatolia y Estambul, la legendaria Constantinopla romano-bizantina hasta la simbólica fecha de 1453. Como es sabido, Bizancio fue tomada en aquel año por los turcos otomanos, haciéndole dar, con ello, una vuelta de tuerca a la remota península de Anatolia. Es decir, se inició así el devenir de Estambul como capital del imperio otomano durante cuatro siglos, hasta que sobrevinieron los albores de la República de Turquía entre 1920-21. Se impone recordar que, con el derrocamiento del sultán y la abolición de su doble potestad (califato e imamato), el joven nacionalismo turco se encaminó a la proclamación de Mustapha Kemal Atatürk como presidente de la audaz República de Turquía en octubre de 1923.

Ramón Villanueva, coadyuvó, pues, a abrirme una vía de relación metropolitana, en la que, tanto el cónsul de España en Estambul, Juan Lugo, como la hispanista Gül Isik Alkaç, lograron que el autor de estas cuartillas no naufragara en las oscuras, aunque atractivas, aguas del Bósforo. Nunca pude imaginar que, sin cálculo ni deliberación previos, se entretejerían ciertos lazos de amistad con el tándem universitario (o “camarilla”) de Ankara y Estambul, estrechados progresivamente entre 1986 y el arranque del siglo XXI, como se ha recordado anteriormente²⁷.

En breve, lector, lo que pretendo evocar ahora es aquel episodio académico inicial de 1986 para facilitar de esta manera la comprensión del marco en el que se fue configurando un documento que aboceté para las actas del *IV Congreso Internacional de Civilización Andalusí. Homenaje al ilustre arabista D. Emilio García Gómez*, y que llevaba por título “Emilio García Gómez, de

25 Cfr. V. MORALES LEZCANO. “Tres décadas de colaboración cultural hispano-turca: una rememoración de autor”. P. DÍAZ SÁNCHEZ, P. MARTÍNEZ LILLO, A. SOTO CARMONA, (eds.), *El poder de la Historia. Huella y legado de Javier Donézar Díez de Ulzurrun*. Pról. de M. ARTOLA. Madrid: UAM Ediciones, 2014, v. II, pp. 273-288.

26 Hoy consulesa de Turquía en la ciudad de Bilbao.

27 Cfr. V. Morales Lezcano. “Spain and Turkey: from misrecognition towards good relationship”. Ankara: *OTAM. Review of Centre for Research Studies in Ottoman History*, number 2, January 1991 (artículo traducido a la lengua turca).

arabista embajador”²⁸. Aquellos años (1962-69) de estancia en Turquía del eximio orientalista español le permitieron convertirse en la encarnación real, y no ficticia, de la figura del *scholar in Diplomacy*; o sea, del profesor y estudioso que navegó por las aguas de la diplomacia española destacada en Ankara durante años por decisión gubernamental y gustosamente aceptada por García Gómez. En rigor, el documento al que me acabo de referir se publicó en versión definitiva en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*²⁹, coincidiendo con la serie de recordatorios, homenajes (póstumos) y evocaciones que inspiró la muerte de don Emilio en 1995.

Siempre al hilo del recuerdo, el autor de estas entecas cuartillas tuvo el honor de compartir mesa con García Gómez en la embajada de Marruecos a finales de los años 70 del siglo XX; y de oírlo con deleite en un par de conferencias impartidas en el madrileño Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, que versaron sobre Taha Hussein y Tawfiq al-Hakim, plumas egipcias de excelencia que García Gómez trató personalmente y tradujo cabalmente al castellano. Como es sabido, Ortega y Gasset no dudó, en su momento, en dar cabida a varios textos de don Emilio en la *Revista de Occidente* a partir de 1923, tanto por la calidad de su prosa como por la novedad de sus planteamientos científicos en el campo de estudio arábigo-andalusí.

Las lecturas de sus prólogos (como el redactado para el volumen³⁰ de la *Historia de España*, que empezó dirigiendo R. Menéndez Pidal y prosiguió J.M. Jover Zamora), así como de su proverbial traducción de *El collar de la paloma* (fruto de la inspiración cordobesa del poeta Ibn Hazm), y el seguimiento de alguna de sus esporádicas intervenciones públicas³¹ fueron, en rigor, todos mis contactos con García Gómez; suficientes, empero, para captar la envergadura profesional —e incluso estilística— del destacado personaje del arabismo español. Fue así como, llegado el momento, por delicadeza del censor de la Real Academia de la Historia, cargo que ostentó durante años el profesor Carlos Seco Serrano, la corporación me brindó en 1998 la oportunidad de recorrer concretamente la trayectoria diplomática de uno de los más significados *scholars in Diplomacy* con que ha contado la historia de las relaciones entre la España contemporánea y la Turquía republicana. Al aceptar la invitación de la Academia,

28 Cfr. El Cairo: Universidad de El Cairo, Facultad de Letras. 1998, pp. 45-62.

29 Cfr. “Emilio García Gómez, testigo excepcional de los avatares de la República de Turquía (1962-69)”. Madrid, *BR AH*, t. CXCIV, cuad. III, (1998), pp. 461-470; texto que acogió el censor de la Real Academia de la Historia, profesor C. Seco Serrano.

30 Cfr. E. LÉVI-PROVENÇAL: *Historia de España, tomo IV. España musulmana: hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031 de J.C.)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1990; colección Historia de España Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover Zamora. Traducción e introducción por Emilio García Gómez.

31 Recogidas en *Tres discursos y dos prólogos recientes, 1972-78*. Madrid, ed. Club Urbis, 1979.

pensé, en su momento, que se trataba de coronar una tarea que estimularía, en gran medida, mi marcada inclinación historiográfica hacia varios aspectos, coyunturas y episodios de la proyección mediterránea de España en tiempos contemporáneos; inclinación ya plasmada en algunas obras más consagradas a las relaciones hispano-marroquíes y franco-hispano-magrebíes³².

La evocación de la misión diplomática que desempeñó García Gómez en Turquía me permitió dar otro paso adelante con otro título de mi creciente cosecha bibliográfica. Fue aquel el caso de la monografía *España y la cuestión de Oriente*³³, que quiso prologar, desde la Universidad de Princeton, el afamado orientalista Bernard Lewis (1916-2018), con quien tuve la satisfacción de coincidir en varias ocasiones académicas en Cuenca, Ankara y Madrid.

Poco más cabe añadir ahora a unas páginas que vinieron inspiradas por la trayectoria diplomática de Emilio García Gómez durante su misión en Turquía, en calidad —repetimos— de riguroso *scholar in Diplomacy*.

Como colofón, sin embargo, oigamos la descripción sin par que don Emilio hizo de la revolución kemalista en Turquía:

“Turquía hizo al par lo que España había hecho en dos veces con casi un siglo de distancia: la guerra de la Independencia y el movimiento del 98. Como militar, Atatürk libertó la patria, haciendo casi que pasase de vencida a vencedora. Como renovador cultural, mostró una audacia sin parangón y estremecedora. Turquía, en sus manos, dejó de ser Asia para ser Europa y pasó de sede del Califato del Islam a república laica; el cosmopolitismo se redujo a turquismo hasta con discutibles entronques hititas; la lengua, sometida a un huracán, perdió una a una casi todas las hojas del vocabulario árabe y persa vigorizando en cambio el tronco de su sintaxis uralaltaica; los pomposos atavíos decayeron al nivel europeo (los pachás de siete colas vistieron de frac y las cabezas trocaron el turbante por el sombrero o la gorra); murió el alfabeto árabe reemplazado por el latino; todos los ciudadanos turcos cambiaron de apellido; se suprimieron las cofradías religiosas; se alteraron códigos, calendarios, sistemas métricos, leyes, usos, costumbres. Todo. No quedó títere con cabeza...”³⁴

³² Primicia de todas estas fue *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. 3ª ed.: Universidad de Granada, 2015.

³³ V. MORALES LEZCANO. *España y la cuestión de Oriente*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores. 1992. (col. Biblioteca Diplomática Española, núm. 9)

³⁴ Cfr. E. GARCÍA GÓMEZ, “Prólogo” en E. GARRIGUES. “Segundo viaje a Turquía”. *Revista de Occidente*. (1976), p. IV.

IN MEMORIAM DE ALFONSO DE LA SERNA (1922-2006)

Las páginas que siguen son el boceto de un “ensayo extenso” que está en mi ánimo culminar en el futuro. No he querido posponer este apunte sobre su contenido para otras calendas, máxime cuando la ocasión presente reclama su redacción con cierta urgencia.

Aquí se trata de una reflexión histórica que podría tildarse de *precipitado*, no químico, sino histórico. Dos acontecimientos concurren, precisamente, en la generación de este ensayo: ciegamente el uno; de modo previsible, el otro. La muerte de Alfonso de la Serna y Gutiérrez-Répide fue el acontecimiento ciego; ciego y cruel, que nos privó a todos de un amigo inteligente y cordial. Dicho sea de paso, la inteligencia y la cordialidad son actualmente más apreciables que nunca, por mor de la escasez que sufren esas dos preciosas facultades humanas en los tiempos que corren. En mi caso, tengo fundamentos sobrados para propugnar del embajador de España —en Túnez y Marruecos, muy especialmente—, y escritor esmerado que fue De la Serna, que estaba en posesión de ambas virtudes, inteligencia y cordialidad.

El otro acontecimiento, previsible, que contribuyó a la preparación de este texto consistió en la culminación de una *Historia de Marruecos*³⁵, que Alfonso de la Serna y el autor de estas páginas veníamos echando en falta dentro del panorama bibliográfico español. La ausencia de ese manual en librerías y el apoyo alentador de don Alfonso hicieron que, con el cálamo *currente*, el autor lograra sintetizar esa *Historia* no sin esfuerzos y, probablemente, con ese grado de insuficiencia que todo autor no desposeído de sentido autocrítico, suele, y debe, reconocer en sus escritos. El resultado de mi aplicación a la tarea fue un texto que todavía necesita algunos retoques, con vistas a una posible reedición, corregida sí, aunque no, por fuerza, engrosada.

Los acontecimientos anteriormente citados se solaparon en el transcurso de seis meses. Alfonso de la Serna podría haber leído el manuscrito de esa *Historia de Marruecos* y mi libro podría haberse beneficiado en penúltima lectura de su sensibilidad “magrebista” (admítase el neologismo). Sin embargo, la circunstancia del fallecimiento del embajador el 27 de enero de 2006 lo impidió del todo.

Las páginas siguientes se han escrito pensando fundamentalmente en el amigo con el que compartí no pocas tertulias en su casa de la madrileña calle Claudio Coello. En rigor, continúo manteniendo con don Alfonso un diálogo silencioso, como suele ser el diálogo que mantenemos los humanos con aquellas personas próximas que se han ido a nuestro pesar de una vez por todas.

35 Cfr. V. MORALES LEZCANO. *Historia de Marruecos. De los orígenes tribales y las poblaciones nómadas a la independencia y la monarquía actual*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.

El recuerdo que merece De la Serna exige mucho más de lo que puedo ofrecer en el boceto siguiente, que tanto le debe al relato de su ponderado ensayo en torno *Al sur de Tarifa*. Gracias, pues, embajador y amigo dilecto. En la inteligencia de que sigo estando en deuda contigo, haré por saldar esa deuda en uno de esos momentos difíciles de prever, pero que pueden llegar. Estas cuartillas que siguen no son sino un anticipo de esa deuda, pendiente todavía de saldar por mi parte. Para paliar el peso de tal adeudo, voy a proponerte un boceto histórico sobre Marruecos, país del que tú solías comentar en alguna que otra tercera de *ABC*, “Marruecos, Marruecos, tan cerca y tan lejos...”.

I

La consolidación de la monarquía absoluta en el Marruecos de la Edad Moderna

El fenómeno de la afirmación institucional de la monarquía absoluta en Marruecos posee claros y conocidos precedentes históricos hasta que los sultanes de la dinastía saadí (siglos XVI-XVII) contribuyeron notoriamente a pergeñar el Estado de la nación cherifiana.

Recuérdese que a la condición califal de los reyes saadíes se irá agregando con el tiempo la aureola cherifiana; o sea, de genealogía emparentada con el profeta Muhammad (c. 570-632). Esa fusión de atribuciones —temporal, espiritual, política y religiosa— cristaliza en Marruecos con los sultanes de la dinastía alauí, a partir de 1664, si admitimos a Muley Rachid en calidad de primer gran califa y comendador de los creyentes musulmanes del Imperio cherifano.

La dinastía saadí prosiguió practicando el rechazo musulmán del asedio cristiano a la costa mediterránea y atlántica del territorio de Marruecos durante cerca de tres siglos, visto este asunto desde la óptica norteafricana. Desde Marrakech, convertida por sus sultanes en flamante capital del sultanato, Marruecos persiguió una penetración militar hacia el sur o Bilad al-Sudan tan civilizadora como depredadora, y que hizo de Tombuctú su principal plataforma urbana siempre en dirección al país de la negritud. Es decir, el sur profundo que persiguió controlar Ahmed al-Mansur (†1603), donde el mercado de esclavos de color fue sustituyendo al que fuera mercado prodigioso de Sijilmasa desde los siglos en que transcurrieron las invasiones y el asentamiento de almorávides y almohades en casi todo el Magreb y Al-Ándalus. En Marruecos se desarrolló en aquellos siglos, más que nunca antes, una administración central de corte funcional palaciego (Al-Balt Al-Mansur), dotada de unos compartimentos organizativos y cuerpos civiles que presagiaban la corte venidera de Muley Ismail (1672-1727), cuyo

sultanato transcurrió durante el primer tramo de la dinastía alauí. La administración local de no pocas ciudades, comarcas y aduares del reino durante la implantación inicial de la nueva dinastía fue demostrativa del control y de los desvelos por la seguridad del país que le confirieron el sultán y su majzén, al enviar walíes o gobernadores a provincias, vilayatos y urbes de obediencia fiscal probada —como Marrakech; mientras que los territorios del Sus, de Tadla, de Tafilet, entre otros cuantos, constituyeron las fronteras meridionales y borrosas del Imperio cherifiano—.

Recordemos que toda la trayectoria de muchos sultanes fue reproducida, luego de uno de esos intervalos de descomposición “anárquica” que habían asolado el país recurrentemente y que, a partir de la muerte del sultán Muley Soliman (†1822), volvieron a asolar el Marruecos del siglo XIX. La nueva pujanza de la *siba* (o insumisión tribal) culminó con el pleito dinástico entre Abdelazziz y Abdelhafiz (1907-1908), hermanos enemigos por antonomasia. Recuérdese, empero, que al final del paréntesis monárquico abierto tras la muerte de Muley Ismail (1727), el reinado de sidi Mohamed ben Abdallah (1757-1790) aparece a nuestros ojos, por el contrario, prolongado en el tiempo, con etapas diferenciadas en sus logros diplomáticos, navales y mercantiles obtenidos con Luis XV de Francia, Carlos III de España, las monarquías del norte de Europa y la Gran Bretaña de la Casa Hannover.

En cualquier caso, no obstante el desafío endémico de los territorios *siba*, o no controlados por la Corte —marcadamente bereberes en el Atlas Medio (tribus Zenhayas) y en el Rif oriental (Beni Snassen)—, la autoridad del sultán, que se ha visto históricamente reforzada por la atribución religiosa que la ha convertido en encarnación del emir Al-Muminin (emir o comendador de los creyentes), se configura en Marruecos desde época temprana. El sultanato tuvo, pues, un valor simbólico y real en medio de un paisaje de Estados predominantemente cristianos como fue el escenario de juego diplomático en el que prevalecieron las potencias europeas del setecientos; descontando, naturalmente, la Sublime Puerta de Estambul y el Imperio otomano a partir de 1453, cuya esfera de dominio y de influencia estaba centrada, principalmente, en aguas del Mediterráneo oriental.

Ahora bien, cuando parece que Marruecos estaba a punto de iniciar la travesía de la etapa moderna de la Historia —cierto es que con un déficit acumulativo en su organización fiscal, hacendística, militar y naval—, los datos históricos a nuestro alcance revelan el hundimiento gradual de la autoridad cherifiana en una mar gruesa abundante en insumisiones e insurrecciones locales, celosas todas de mayor autogobierno y desdeñosas, solapadamente, hacia la aureola cherifiana del sultán y de su entorno majzení, ya fuera que ambos residieran en Fez o en Marrakech. Fue eso, aproximadamente, lo que ocurrió durante el reinado de Muley Hassan I (1873-1894) en las sedes ambulantes donde la corte y los campamentos itinerantes del sultán solían establecerse; muy en particular en los

vilayatos localizados en el sur y sureste profundos de aquel vasto Imperio en descomposición.

Por la situación de *siba*, o insumisión local, y la disolución de la autoridad sultaní antes expuesta, las potencias cristianas terminaron por ver factible el asedio a varias bandas del estratégico reducto marroquí. O sea, el occidente por excelencia del norte-noroeste de África. El asalto del imperialismo colonial europeo, como es sabido, se consumó entre 1830-1912, según la acotación cronológica aceptada por la historiografía. Ni el voluntarismo de algunos sectores modernistas del Magreb, ni el llamamiento salafí al repliegue en la tradición, ni la política de “parches” por la que se inclinaron decenas de influyentes marroquistas europeos, como Drummond Hay, Merry Colom, Saint- René de Taillandier, entre otros, pudieron frenar la carrera de descomposición del reino cherifiano.

II

El sorprendente desenlace del “cautiverio” colonial

En el Tratado de Fez firmado en marzo de 1912, que consagró el régimen de protectorado previsto para Marruecos por las potencias europeas, y que aplicaron Francia y España en sendas zonas territoriales, salta a la vista cómo en los artículos primero y segundo del documento se preservan intactos la figura del sultán, el constructo histórico del majzén, antes perfilado, y la práctica de la religión musulmana en el ámbito del Imperio. Se pretendía, pues, en las cancillerías europeas, no atentar contra la soberanía de *King and Country* marroquíes; aunque, como vislumbraron Charles-André Julien, Germain Ayache, Abdallah Laroui y, más tarde, Mohamed Tozy, también en Marruecos hubo mucho más que amagos colonialistas, que fueron en detrimento de la visión que el mariscal Lyautey elaboró y quiso plasmar en Marruecos.

En fin, durante el protectorado, sobre todo inmediatamente después de la liberación de Marruecos y Túnez en 1956, brillaron algunos magrebólogos, periodistas o políticos, que presagiaron la inadecuación de la forma monárquica de Estado para el mundo árabe en general, y para el Magreb en particular. La posguerra a partir de 1945 y el consiguiente proceso descolonizador vinieron a dar la razón al triunfo, a veces pírrico, de la forma de Estado republicana en Iraq y Egipto, Siria y Túnez, *aunque no en Marruecos*. Esta excepcionalidad se produjo luego del “pulso” antológico que mantuvieron Mohamed V y el Istiqlal (partido de corte nacionalista para la Constitución y la Independencia) con las autoridades y los intereses de Francia y, en menor medida, de España. Cuando se vino abajo el castillo de naipes colonial a finales de 1956, un Marruecos de nuevo soberano lograba sentar a su primer embajador en la Asamblea General de las

Naciones Unidas en Nueva York. Todo un mero acto de soberanía e independencia recuperadas en un escenario internacional lleno de expectativas.

A partir de 1956, se empezó a advertir en varios círculos del poder (religioso, político) que la andadura del Marruecos contemporáneo podría realizarse efectivamente bajo la cúpula de la monarquía; una monarquía constitucional en teoría, como se puede comprobar si se hace hoy la compulsa textual de la histórica declaración de Mohamed V ante el presidente del Gobierno francés el 6 de noviembre de 1955. Leamos:

“S.M., el sultán de Marruecos, ha confirmado su voluntad de constituir un Gobierno representativo de gestión y negociaciones, representativo de diferentes tendencias de opinión marroquíes. Este Gobierno tendrá por misión elaborar en Marruecos un Estado democrático con monarquía constitucional...”

Con esta “promesa” real se iniciaba la trayectoria del actual Marruecos. Sorprendentemente, el corto reinado de Mohamed V († 1961) y el prolongado de su hijo primogénito y príncipe heredero, Hassan II (1961-1999) asistieron al asentamiento de la “monarquía constitucional”, pero de “derecho divino”..., como apunta adversativamente y con agudeza Mohamed Tozy en una de sus obras.

En el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, no fueron pocas las zozobras que vapulearon el trono alauí. No faltó en ningún momento la mar gruesa: desde el destronamiento de Mohamed V, merced a la torpe colusión franco-beber, en agosto de 1953, hasta la serie de atentados regicidas contra Hassan II a principios de los años 70. Se trata de dos capítulos “sensacionales” entre los avatares que han amenazado a la institución monárquica en Marruecos hasta la fecha.

Cierto es que, contra todo pronóstico “republicanista”, la implantación del régimen monárquico en Marruecos ha tenido unos costes nada desdeñables para el sistema mismo y el pueblo. Así pues, puede afirmarse, por ejemplo, que los partidos políticos del arco parlamentario marroquí han salido de su disenso con la Corona y viceversa, con bastante “plomo en el ala”. Las fuerzas armadas, por su parte, se han quedado en una situación incómoda, luego de que el propio Hassan II las “hiciera entrar en razón”. El atraso de la sociedad marroquí, si comparado con indicadores de otras sociedades en vías de desarrollo y crecimiento, es consecuencia que no deja de estar vinculada a un método y estilo de gobierno no siempre situados a la altura de finales del siglo XX y de los albores del siglo XXI. Sea dicho esto para referirnos, eufemísticamente, a los “años de plomo”. Años, que, con singular percepción, nos han transmitido Abdallah Laroui en su *Témoignage* de 2005 y no pocas otras firmas de cuño crítico con la monarquía.

Por el contrario, Marruecos se distingue en el mapa del mundo norteafricano en tanto en cuanto, desde hace veinte años y hasta la fecha, ha logrado capear el temporal desatado por los desafíos islamistas.

Si el abuelo y el padre del monarca actual lograron imponer, más allá ahora de juicios de valor, el sello real al marchamo histórico de la nación —contra viento y marea, costara lo que costara—, Mohamed VI se enfrenta, sin embargo, desde 1999 a un desafío social formidable. No se trata a estas alturas del desafío a la monarquía, proveniente de la partitocracia marroquí de los años 50-60, ni de las veleidades golpistas de algunos coroneles y generales de las FAR (Fuerzas Armadas Reales) contra Hassan II, ni tampoco de aventuras políticas “gauchistes” de inspiración franco-árabe, como fue el caso de Ilal Aman y de su más distinguida figura, Abraham Serfaty. No se trata de nada de esto.

El desafío que ha experimentado Mohamed VI ha sido bifronte. Arranca del islam moderado que alienta el seno del Partido de la Justicia y la Democracia (PJD), partido con representación parlamentaria y peso social en los círculos de opinión contestataria en Marruecos y en el exterior. La otra faz del desafío, sin embargo, reside en el radio de acción justiciero y equitativo que potencia la asociación islamista denominada Justicia y Beneficencia, que encarnó en su momento el cheikh Abdeslam Yasín, y que todavía tiene eco en sectores desclasados de Marruecos. Se trata de una asociación religiosa (no de un partido político) de raigambre popular, cuyo destino en el futuro que aguarda a Marruecos es imprevisible.

Si se produce en los próximos años la convergencia del trono con el pueblo marroquí, es muy probable que, aunque con dificultades, la nación vecina de España siga navegando con fortuna y no naufrague. En caso de divergencia acusada, debido de consuno tanto a la ¿insolvencia? de la Corona como a la ¿inerencia? de las fuerzas retardatarias, no es fácil de prever el grado que alcanzará la ruptura. No lo es, aunque hoy se sospeche que el coste de este proceso será alto, justo ahora que se están cumpliendo los veinte años del reinado de Mohamed VI. No parece probable, por ejemplo, que las turbulencias (*hirak*) que hubo en el Rif en 2016 vayan a generar trastornos de mucho calado en el *statu quo* interno del reino de Marruecos. También cabe pensar si el coste de una inercia prolongada en el Marruecos de 2020 será el que tiene que pagar toda sociedad que se resiste al cambio político y a una transformación social necesaria, ambos reclamados acuciantemente por amplios sectores de la población.

Este esbozo de la historia moderna y contemporánea de nuestro vecino meridional por excelencia no es sino un pálido (que no escuálido) reflejo del ensayo que un maestro en el género, Alfonso de la Serna, escribió bajo el título *Al sur*

de Tarifa. *Marruecos-España: un malentendido histórico*³⁶. Se trata de una reflexión que, hasta el momento, sigue siendo la más cabal de las últimamente publicadas en nuestro país. Sabido es que De la Serna fue también testigo de excepción en Túnez entre 1968-1973 en calidad de embajador de España en aquella república magrebí, en la que despertó la Primavera Árabe de 2011. De la pluma del embajador brotó, precisamente, otra obra testimonial titulada *Imágenes de Túnez*³⁷, plena de conocimientos etnográficos y de aspectos culturales del ex protectorado francés.

La solidaridad de Alfonso de la Serna con la gran “península” norteafricana constituida por Túnez, Argelia y Marruecos, esa contrapartida y complemento geo-histórico y estratégico del mundo latino integrado por Malta, Italia, Francia y España, quedó plasmada, pues, en una doble contribución bibliográfica. Entre otros méritos de oficio y de afición, no habría que olvidar a los amigos que recuerdan a De la Serna con frecuencia en las dos orillas³⁸, además de su pertenencia, junto con Emilio García Gómez, a la Académie du Royaume du Maroc, distinción que no suele estar al alcance de cualquiera.

VÍCTOR MORALES LEZCANO

Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia

36 A. DE LA SERNA. *Al sur de Tarifa. Marruecos-España: un malentendido histórico*. Madrid: Marcial Pons ed., 2001. (Trad. al árabe, Casablanca, Dar-al-Kitab ed.)

37 A. DE LA SERNA. *Imágenes de Túnez*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1990, 2ª ed. (Trad. al francés: *Images de Tunisie*. Fundación El Legado Andalusi. 2010).

38 Una prueba del reconocimiento que se le dispensó al embajador de España fueron las *Jornadas de homenaje en memoria de D. Alfonso de la Serna*, organizadas por el Centro Marroquí de Estudios Hispánicos en Larache (16-18 de julio, 2007). También, los departamentos de Historia y Lengua y Literatura Españolas de la Facultad de Letras de la Universidad de La Manouba, en Túnez, contribuyeron a homenajear a don Alfonso. M. HACHED ha contribuido a impulsar, por su parte, *Diálogos ribereños II: Conversaciones con miembros de la élite española*. Madrid: Diwan Mayrit, 2018.